

José Luis Rocha

Daniel Ortega *now*: el retorno de sí mismo

La historia política latinoamericana está salpicada de sorprendentes retornos al poder de mandatarios que dejaron profundas huellas en el devenir de los países que gobernaron con puño pétreo, *manu militari* o ágiles dedos cleptómanos: Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Alan Gabriel Ludwig García Pérez son sólo algunos, los más trompeteados. El primero demoró seis años entre su tercer y cuarto períodos y al segundo le tomó 18 años sentarse por tercera vez en la silla presidencial. Ninguno puso en escena un retorno de lo mismo. Ahora que después de 17 años Daniel Ortega se une a este grupo de variopinta moral, los aspectos más controversiales de su retorno son lo que tiene de lo mismo, lo que imita de lo mismo y lo que rompe con lo mismo. Segmentaré este somero balance de su gestión en esas tres dimensiones.

Más de lo mismo: en busca del tiempo perdido

Una racha de gobiernos que implementaron servilmente las directrices del Fondo Monetario Internacional, privatizando empresas y reduciendo el gasto público, pusieron a Nicaragua en la corriente latinoamericana de la compactación del aparato estatal y el declive de la inversión social. Al arribar al poder en enero de 2007, el Frente Sandinista de Liberación Nacional anunció un giro copernicano: la reconstrucción de un Estado desmantelado y la expansión del gasto social fueron anunciados por los ideólogos del FSLN como dos tareas priorita-

rias. No sólo fue ésta una declaración con el ojo clavado en la rentabilidad electoral; la administración sandinista, una vez en el poder, consiguió elevar –ligeramente– el gasto en salud, construyó más escuelas, tomó medidas para extender la cobertura de la seguridad social y, en una aplicación estricta del principio de gratuidad de la educación, suprimió el sistema de compartir costos con los padres de familia en las escuelas que solían ser públicas. Son logros modestos y frágiles, pero apuntan hacia un intento de rescatar lo mejor de los años 80. Asimismo, un gabinete con pigmentación más tropical y apellidos no aristocráticos refleja la sustitución de una tecnocracia euro-americana por un grupo profesional más indo y afro-americano, cuyas opciones en política social a veces buscan conectarse con las expectativas de una sociedad sumida en la incertidumbre y la angustia provocada por un ominoso repliegue del Estado.

Este gabinete ha mostrado más sensibilidad social que sus tres predecesores, sin embargo, sus logros son nimios y coyunturales. Una paupérrima producción legislativa en la Asamblea Nacional persiste como norma. El poder legislativo sigue siendo perezoso y proclive a enmarañarse en agrias, bizantinas y estériles disputas por cuotas efímeras de poder, mientras desatiende la definición de normativas que determinen el rumbo a largo plazo. Los diputados de los partidos más poderosos –Frente Sandinista y Partido Liberal Constitucionalista– están dedicados a distribuirse y roer trozos de un escuálido aparato estatal. La institucionalización de los diputados sandinistas y liberales como fuerza de tarea para pequeñas escaramuzas tácticas va de la mano de una decisión de legislar mediante decretos presidenciales que soslayan el disenso de los legisladores. En términos prácticos esto supone una resurrección del presiden-

cialismo que caracterizó la década de los 80 y al que la Asamblea Nacional creyó haber dado un tiro de gracia en 1994. Junto al presidencialismo emergen nuevamente sus inevitables comparsas: el clientelismo y el verticalismo. El primero ha tenido su máxima expresión en el programa emblemático de la política social y agropecuaria del sandinismo retornado: el programa Hambre Cero, diseñado por el ideólogo Orlando Núñez, antes sociólogo rural y en esta nueva etapa metamorfoseado en magnate hotelero que pretende solucionar la pobreza y disparar el desarrollo mediante la distribución de bonos de dos mil dólares en especie: machetes, azadones, vaca, cerdo y gallinas. La ejecución del programa ha sido tan deficiente que no logró ni siquiera su objetivo de premiar a los incondicionales y atraer a los indecisos. Muchos municipios apenas recibieron una dotación magra de menos de 15 bonos. El caso extremo es el de San Juan del Norte, municipio en el extremo sureste del país al que se destinó un solo bono. Otro capítulo del clientelismo ha sido manifiesto en el manejo de la urea procedente de Venezuela. Según denuncias de la dirigencia de la Federación Nacional de Cooperativas (FENACOO), muchos de cuyos asociados son sandinistas, las mafias de distribución de productos agropecuarios vinculadas al Frente Sandinista han controlado la urea para extraer beneficios con los que apuntalar económicamente a sus cofrades.

Junto al clientelismo corren el verticalismo y la intolerancia. Un autocrático manejo de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) —liderada por Hugo Chávez en oposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA)— y los fondos de contravalor del petróleo venezolano —fuera del presupuesto nacional y con ostensible falta de transparencia— reedita los episodios teñi-

dos de mayor centralización y arbitrariedad de los años 80. La creación de una organización de mujeres paralela a la beligerante e histórica Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), que se le salió de control a la voluntad verticalista, rememora la creación de la Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultura (ASTC), sometida a la regencia de Rosario Murillo y destinada a competir con el Ministerio de Cultura coordinado por el poeta Ernesto Cardenal. El torpe manejo de las relaciones con la Unión Europea y las agencias de cooperación a quienes Ortega, en una venganza ante sus críticas, desde su púlpito anatematiza como derechistas y agentes del imperialismo, suena novedoso a oídos neófitos, pero no a los de la prestigiosa escritora Gioconda Belli: “Para muchos de los que formamos parte de aquella masa intrépida que derrocó a la tiranía somocista el 19 de julio de 1979, los bandazos y arbitrariedades de Ortega eran un secreto a voces que guardábamos en casa. Atribuíamos ese comportamiento a su falta de experiencia, al poco don de gentes de su inescrutable personalidad, al impacto psicológico de los siete años que pasó en la cárcel”. Sensibilidad social con pobres realizaciones y verticalismo creciente se unen en busca del tiempo perdido en este retorno de Ortega al poder.

Lo que imita de lo mismo: aunque Ortega se vista de izquierda, empresario se queda

Este retorno es también una mala imitación de los 80. Es mala porque la versatilidad de los actores, la obra y el escenario han cambiado, y el binomio Ortega-Murillo parece ignorar o subestimar la magnitud de los cambios. A fin de congraciarse con sus amigos de izquierda, Orte-

ga mantiene un candente pero rancio discurso de izquierda. Buscando verosimilitud usa exactamente los mismos adjetivos, consignas y giros retóricos de sus poco logrados discursos de los 80. Recitar el mismo guión en una nueva obra produce el efecto grotesco de insertar el monólogo de Hamlet en un film de Almodóvar. Aunque consigan una hernia en el intento, Ortega y Murillo no logran rodar *That eighties show*. Vladimir Putin no es Leonid Brézhnev ni Mijaíl Gorbachov. La intolerancia y desmesurada codicia de Putin no invitan a vaticinar que terminará con un Premio Nobel de la Paz como Gorbachov. Un acercamiento a Rusia no reportará los dividendos de la asociación a la Unión Soviética, pero sí se está convirtiendo en una fuente de conflictos y desconcierto. Tampoco la cercanía a Venezuela puede reeditar las colaboraciones y solidaridad de los países socialistas. El ALBA no es un Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), que dinamizó los flujos de capital, bienes y servicios entre los países de la órbita soviética en los 80. Ni siquiera es un CAME de baja intensidad. Los Estados Unidos siguen siendo un importante socio comercial para Nicaragua –también para Venezuela, pese a las diatribas chavistas contra los *pitiyankis*– y no se está haciendo nada serio para imprimirle otro rumbo al comercio exterior.

En su interior, el orteguismo busca imitar elementos que le dieron cohesión al segmento de la sociedad nicaragüense que aportó neuronas, nervios y músculos al proceso revolucionario. Los generadores de opinión, los inventores de historia, los acuñadores de consignas, los relatores de la épica y los trovadores de triunfos y sueños fueron la médula espinal de la cohesión vertebral en torno a un proyecto común. El FSLN en la actualidad no dispone de esa amplia cohorte de intelectuales cuyas canciones, novelas y análisis

dieron la vuelta al mundo. Sergio Ramírez, Gioconda Belli, Ernesto Cardenal, Carlos Tünnermann y Carlos Mejía Godoy, entre muchos otros y otras, ahora militan en abierta y consistente oposición al orteguismo, algunos de ellos vetados, calumniados y hasta judicialmente procesados por un poder judicial títere que el FSLN azuza para amordazar, sedar y aplastar a sus enemigos. El periódico *El 19* está muy lejos de la calidad de *Barriada* al carecer de plumas como las de Carlos Fernando Chamorro, Onofre Guevara y Sofía Montenegro. El Canal 4 es una copia desteñida del sistema sandinista de televisión. Los pocos intelectuales que le hacen la corte a Ortega-Murillo han renunciado a tener un pensamiento independiente y se limitan a repetir polvorientas consignas y argumentos enclenques que les susurra un Daniel Ortega con cultura de lector de contraportadas. Se contentan con eructar gases de unos años 80 mal comidos y peor digeridos. El *sound track* de las rotondas de Managua tomadas por simpatizantes del FSLN son un síntoma de la pobreza en la producción intelectual y artística de la nueva era del sandinismo imitador del sandinismo: en ellas suena y resuena la música de los años 80 con machacona compulsión. El retorno del FSLN no tiene nuevas musas ni afinados trovadores.

Pagados a razón de diez dólares por día y apodados “amorosos” porque las mantas y camisas que portan rezan “el amor es más fuerte que el odio”, los plantados en las rotondas y otros simpatizantes del orteguismo han sido comisionados para bloquear todo intento de manifestación disidente. Están destinados a imitar a las “turbas divinas”, apelativo con el que Tomás Borge bautizó a las fuerzas de choque que reprimían a la oposición en los 80. Pero esa represión ocurría en el contexto de una convicción, por parte de los

agresores, de estar defendiendo el proceso revolucionario. La mala imitación de represión espontánea no consigue disimular su carácter mercenario, manipulador y parásito del hambre y la incertidumbre. Las nuevas turbas son desempleados o pandilleros instrumentalizados. El FSLN pasó de ser una izquierda que satisface el hambre a un populismo que juega con el hambre. La represión de los opositores y toda la retórica que la justifica busca revivir el sentimiento de estar nuevamente en estado de guerra: un simulacro de guerra, donde el amor no puede más que el odio, pero sí duele tanto como el odio. La retórica anti-imperialista y las diatribas contra la derecha opositora saturan todos los discursos de Daniel Ortega. Pero la Presidencia en Estados Unidos de Obama —un rostro del imperialismo muy distinto al de Reagan— y una oposición nutrida en buena medida por intelectuales, campesinos y obreros de raíces sandinistas son una descalificación *ipso facto* para denuncias sin contenido, polémicas sin argumentos y alaridos contra fantasmas. El escenario interior y el exterior no avalan la vetusta producción ideológica de Ortega-Murillo.

Los Consejos del Poder Ciudadano son burdas imitaciones de los Comités de Defensa Sandinista, sin su amplia cobertura. Los mal pagados y subalimentados Jóvenes Constructores no tienen ni la sombra del espíritu de sacrificio y arrojo de los Batallones Estudiantiles de Producción, las Milicias Populares Sandinistas o el Ejército Popular de Alfabetización. Y no porque sean menos nobles, sino porque el imaginario juvenil se nutre de otra simbología y porque tienen más hambre y muchas necesidades insatisfechas. El FSLN quiere introducir los mismos personajes sobre un escenario muy distinto y contratando actores a los que no entrenó y remunera mal. Un refrito después de diecisiete años puede tener muy mal aspecto y peor aroma.

Ruptura con lo mismo

El FSLN en su retorno no sólo es mera reimpresión o mala imitación del que fue en los 80. Sus rupturas son numerosas y significativas. Son sintomáticas de muchas metamorfosis. En el terreno de la administración interna del poder, transitó de una Dirección Nacional con decisiones colegiadas a la autocracia de la pareja presidencial. Daniel Ortega —y menos aún Rosario Murillo— jamás tuvo en los 80 el peso determinante que exhibe en la actualidad y del que se vale para imponer las decisiones más caprichosas y arbitrarias. Para llegar a ese nivel paradisiaco allanó su camino repudiando a todos los líderes que podían hacerle sombra. Sergio Ramírez, Dora María Téllez, Herty Lewites, Mónica Baltodano, Víctor Hugo Tinoco y Hugo Torres son sólo algunos de los líderes primero supeditados, luego marginados y finalmente expulsados del partido. Tres comandantes de la revolución, ex miembros de la Dirección Nacional histórica, ahora militan contra el FSLN orteguista. La dirección del FSLN está concentrada en el matrimonio Ortega-Murillo, asistido, desde una posición subalterna, por unas huestes de desconocidos y militantes de dudosa moral.

En la arena de la construcción de un Estado laico, destaca el retroceso manifiesto en el hecho de que el FSLN abandera la penalización del aborto terapéutico. La sensibilidad feminista nunca fue un elemento fuerte del FSLN. Y aunque la acusación que pesa sobre Daniel Ortega de haber forzado a su hijastra a mantener con él relaciones sexuales entre los 11 y los 30 años no auguraba nada bueno, nadie hubiera vaticinado que se llegaría a ese nivel. Fue un alto precio para lograr un acercamiento a la Iglesia católica y sobre todo a su líder más visible, el cardenal Miguel Obando y Bravo. La decora-

ción con estatuas de la Virgen María en todas las rotondas de la capital y salpicar los discursos y rótulos partidarios con “Cumplirle al pueblo es cumplirle a Dios” y otras muestras de cursilería religiosa fue sólo un corolario cosmético de una opción que atenta contra el carácter laico y no confesional del Estado y se aparta de la colaboración respetuosa y no proselitista que se mantuvo entre líderes sandinistas y religiosos revolucionarios en los 80.

En el manejo de la relación Estado-sociedad existe una ausencia que por poco notada no deja de ser menos notable y sustancial: el FSLN no tiene humoristas políticos. Ha decidido abatir a sus enemigos a garrotazos y puñaladas, según se vio en la represión aplicada a las manifestaciones de protesta por el fraude electoral en noviembre pasado. En contraste, los años 80 fueron la década del mejor humorista político del país, Róger Sánchez, el caricaturista de *Barricada*. Con el humor del legendario Róger y la satírica *Semana Cómica*, el FSLN conseguía una *reductio ad absurdum* de los enemigos. Éstos eran abatidos a fuerza de sentido del humor, un rubro deficitario en un FSLN que se deslizó de una guerra hecha por poetas y humoristas a una guerra a los poetas, los humoristas y el humor.

La arena de los nuevos amigos y enemigos del FSLN llena de perplejidad al más avisado. ¿Qué pensar sobre el nombramiento, como embajador nicaragüense en Washington, de Arturo Cruz, hijo de un ex líder de la contrarrevolución y asesor del partido salvadoreño de ultraderecha ARENA? Ser yerno de Humberto Ortega debe ser su mejor credencial. ¿Qué pensar de la relación con los banqueros, a quienes se sigue pagando unos intereses de usura por bonos de cuestionada emisión durante el gobierno anterior? Suponemos que la nueva fase acumulativa del orteguismo, con la adquisición del hotel Semi-

nole y otras empresas, busca cultivar relaciones interesantes. Los hijos de los viejos oligarcas y los nuevos ricos sandinistas se han hecho camaradas durante sus estudios en el Lincoln o el Americano, sus prácticas de tenis en el Club Terraza y sus vacaciones en Cancún. Sus destinos son entrelazados por finas hebras de convivencia o gruesos lazos matrimoniales.

En contraste, el FSLN rompe con un antiguo aliado: la cooperación externa. Muchos cooperantes llegaron a Nicaragua en los 80 como cortadores voluntarios de café, maestros y médicos. A partir de entonces han ocupado importantes cargos en gobiernos y agencias internacionales, desde donde convirtieron a Nicaragua en un país mimado por la ayuda externa. Con sus ataques a las embajadoras de Suecia y de la Unión Europea, y con su negativa a permitir la observación y la revisión de actas en las últimas elecciones municipales, el FSLN ha profundizado sus desencuentros con la cooperación internacional y ha cerrado muchas fuentes de las que dependen importantes programas sociales y productivos. Sólo el congelamiento de los fondos de la Cuenta Reto del Milenio supone que Nicaragua se vea privada de 54 millones de dólares anuales. Hugo Chávez prometió compensar esa pérdida. Pero, ¿podrá Venezuela continuar subsanando las nuevas menguas de la cooperación que genera la creciente paranoia orteguista, dispuesta a ver enemigos en cada esquina del planeta? En cualquier caso, Chávez jamás podrá compensar el problema que está en la raíz de ese decrecimiento de fondos: un dilatado déficit de legitimidad internacional.

En un texto publicado en 1981, el sociólogo Edelberto Torres-Rivas enunció el reto de la revolución sandinista: “Por fin fuerzas sociales capaces de pensar y actuar en términos de la Nación enfrentan exitosos el desafío de construirla como un

Estado-nacional popular, democrático e independiente” (“La nación: problemas teóricos e históricos”, en *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*, antología compilada por Jorge Rovira Mas, p. 124). Todo parece indicar que al FSLN en su retorno no le importa acabar con la nación, dismantelar la maltrecha institucionalidad, construir nuevas dependencias –de Putin y Chávez– y aniquilar la democracia en su afán de gobernar desde abajo y desde arriba. Con tantas rupturas y malas imitaciones, Daniel Ortega queda protagonizando, cada vez más solo y despótico, el retorno de sí mismo.

José Luis Rocha es filósofo, profesor e investigador de la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua. Es también investigador asociado del Brooks World Poverty Institute de la Universidad de Manchester y dirige el Servicio Jesuita para Migrantes en Nicaragua. Correo electrónico: jlrochag@yahoo.com.

Anika Oettler

Nicaragua: orteguismo y feminismo

Cuando perdió el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en las elecciones de 1990, pocos se imaginaban que Daniel Ortega, comandante histórico de la guerrilla y presidente en los años ochenta, actuaría de una manera cínica y burlándose del pluralismo político al retornar a la presidencia casi dos décadas después. Daniel Ortega intentó una y otra vez recuperar el poder luego de su derrota electoral en 1990. Sin embargo, las pugnas internas –tanto la lucha por el control del partido como la disputa ideológica entre ortodoxos y renovadores– se acentuaron durante los

años siguientes, conduciendo a que muchas de las figuras emblemáticas dieran su espalda al Frente. Cuando las elecciones presidenciales de 2006 tuvieron lugar, la mayoría de los observadores políticos con vino en que el programa de Ortega se agotaba en viejos eslóganes izquierdo-populistas. En los últimos dos años, no obstante, muchos de éstos fueron sorprendidos por la velocidad, la perseverancia y el descaro con los que la pareja presidencial, Daniel Ortega y Rosario Murillo, socavaba los fundamentos de la democracia nicaragüense. Los acontecimientos políticos de los últimos meses en Nicaragua han puesto de manifiesto los síntomas de un proyecto presidencial guiado por un afán personal. La pareja presidencial ha puesto en marcha una campaña de hostigamiento y desprestigio dirigido contra todos los que expresen su oposición públicamente. La conocida escritora nicaragüense, Giaconda Belli, escribió recientemente que el orteguismo es “un proyecto que llaman socialismo, pero que de socialismo, por lo que hemos visto, sólo tiene el autoritarismo y el acorralamiento a las libertades que precisamente llevó al socialismo del siglo xx al fracaso”.

Los ejemplos siguientes demuestran que particularmente el movimiento feminista se halla bajo el fuego cruzado de las actividades de la pareja presidencial.

Zoila América Narváez y el feminismo nicaragüense

El movimiento feminista nicaragüense tiene sus raíces en la lucha contra la dictadura y, especialmente, en el proyecto revolucionario de los años 80. En 1990, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) fue destituido después de muchos años de guerra y estancamiento económico, el movimiento feminista